

introducción al estudio de la novela 'frontera' de luis durand

María Angélica Alfonso

PRIMERA PARTE

Contexto histórico, político y cultural de la Frontera.

La conquista de América deparó grandes sorpresas a la humanidad. Una de ellas fue la guerra dilatada que, en oposición a la fácil conquista, tuvo como escenario una pequeña región de un muy pequeño país al que los nativos llamaban Chile.

La imposibilidad de vencer a los araucanos fue motivo de la mayor preocupación para la corona española. Poetas como Alonso de Ercilla y Cronistas como Alonso González de Nájera deban fe del carácter indomable de esta gente. Un gobernador del Reyno afirmaba que la Guerra de Arauco costaba más dinero a los monarcas que la conquista de toda América. En Chile se consumía la flor de los Guzmanes, porque este Reyno se había convertido en cementerio de los españoles.

¿Qué lugar era éste? ¿Por qué esta difícil conquista? ¿Cuál era la razón para insistir en dominar a un pueblo tan salvaje?

El espacio geográfico que había llegado a ser de tan triste fama para los españoles, estaba constituido por una franja de 200 kilómetros, entre el río Bío Bío por el Norte y el río Toltén por el Sur. La región vino a llamarse Frontera, delimitándose dos zonas dentro de ella: la Alta Frontera, o zona de las montañas y la Baja Frontera o zona costera, con una extensión de 120 kilómetros de ancho.

Los habitantes de esta región del Reyno de Chile se llamaban mapuches, palabra que abarca dos ideas: mapu, que significa tierra, y che, que significa hombre.

Eran los hombres de la tierra.

Los españoles vieron en ellos a soldados indómitos, a seres especialmente dotados para el combate. Se engañaron creyéndolos un pueblo militar, adiestrado por siglos para la guerra y ajenos especialmente a la religiosidad y a la evangelización. Engañados así, procuraron vencerlos en el campo de batalla, destruirlos y arrasarlos en una rápida acción castrense.

Cometieron una equivocación imperdonable.

El resultado de este error fue la difícil conquista, la guerra dilatada.

¿Por qué esta difícil conquista?

Intentaremos explicar con nuestro criterio y a la luz de un conjunto de ideas manejadas desde hace algunas décadas, esta situación que tanto relieve alcanza cuando se ensaya penetrar la literatura de la Frontera.

La razón de la resistencia tiene para nosotros una significación religiosa: no peleaban porque fueran guerreros. No eran belicosos, porque su temperamento los inclinaba más a la violencia que a la meditación.

Los mapuches eran hombres de la tierra.

El mapu, la tierra, era el espacio sagrado de esa gente, esencialmente religiosa, veneradora del suelo como divinidad primordial. En el proceso de avance cultural de ese pueblo primitivo, lo que sorprende es la constante religiosa que se da en torno a la palabra mapu. El mundo del indígena araucano supone una formación canónica de la sociedad, dedicada al cultivo de la tierra y a la crianza del ganado pequeño. En ese mundo el individuo es un elemento de la tierra, que es el axis fundamental. No hay anhelos de expansión, ni sentido de la propiedad privada, ni espíritu competitivo. La población está articulada solidariamente en un sistema de entrega religiosa al servicio de la tierra. El servicio básico es el que se le entrega a la tierra. De ese servicio religio-

NOTA: Este artículo reúne ciertas observaciones inéditas que integran el Proyecto sobre Literatura de la Frontera que se realiza en la Sede Temuco de la Universidad de Chile, a cargo de la profesora de Literatura Hispanoamericana, señora María Angélica Alfonso.

Integran el equipo de Investigación:

Profesor Sergio Gallardo Espinoza, de la Cátedra de Gramática Fundamental del Profesor Juan Berrueta.

Profesor Francisco Lillo Erices, de la Cátedra de Castellano Instrumental del Profesor Rolf Hofman.

Profesora América Sepúlveda Muñoz, de la Cátedra de Literatura Hispanoamericana Colonial.

Colabora, además, la Ayudante Ad honorem y alumna del Quinto Año de la Carrera de Pedagogía en Castellano, señorita Elizabeth Sepúlveda Lagos, de Literatura Chilena Colonial.

so emana el servicio guerrero, que es la forma esencial de cuidar, proteger y retener la tierra. Según Mircea Eliade, el hombre primitivo sólo se siente Ser en el espacio sagrado. En tanto su sensibilidad advierte la amenaza que se cierne sobre su habitat, desarrolla fuerzas internas de poder extraordinario para defenderse.

Cuando el pueblo araucano vio llegar al invasor, consideró que su mapu se hallaba en peligro y se armó de fuerza y valor recónditos para evitar que se consumara el despojo.

Diversidad de formas de defensa puestas en práctica llevaron al derramamiento de sangre. La guerra alcanzó niveles de ferocidad nunca vistos. Formas de ataque frontal, en que se copiaban los modos de la guerra europea, fueron poniendo a raya al enemigo. La envoltura mágico animista de la vida de la colectividad mapuche explica las respuestas que dio a las situaciones de riesgo de su territorio.

El araucano se mostró astuto, audaz, dócil, rápido, inteligente, agresivo, conciliador. No era necesario un ejército regular, ni una jerarquización social, ni una burocracia, ni un pago de tributos, para emplearse a fondo en la defensa de su tierra. La adoración religiosa era la constante de su cultura y ese cuño mágico ritual que lo unía todo en su raza, fue suficiente para permitirle sobrevivir a través de tres siglos.

Su cosmovisión no estaba regida por la conciencia, ni por la razón, sino por la simple fuerza de la creencia instintiva. Apoyado en ella el araucano contuvo la terrible amenaza. Se opuso a la invasión y se hizo protagonista de la guerra dilatada.

La cualidad guerrera fue resultado de una conciencia religiosa fuertemente unida a la tierra madre y no, como equivocadamente fue deducido, por el carácter belicoso de una raza.

Quedó cortado el país en dos partes. Chile se extendía desde el extremo Norte hasta el río Bío Bío. Allí se alzaba la barrera infranqueable. El país continuaba, pasado el río Toltén, hasta el extremo Sur.

Llegó un momento en que empezaron a ensayarse fórmulas que permitieran la penetración de la zona, de cualquier modo. Los gobernadores españoles bajo Felipe II dejaron de lado las ilusiones de sus predecesores en cuanto a confiar en una rápida y definitiva victoria militar sobre los araucanos. Optaron por consolidar la zona central hasta el río Bío Bío, mediante líneas de fuertes.

Además, se sabe que enviaron como embajadores a la zona sur a hábiles comerciantes, que tenían como objetivo fundamental interesar a los araucanos en el intercambio de productos.

Estos comerciantes, junto con obtener pingües ganancias, lograron corromper a los caciques con regalos y promover el alcoholismo entre los aborígenes, mediante la introducción masiva de vinos y aguardientes.

Había toda una política de penetración y de sojuzgamiento que, sin embargo, no daba resultados.

La tarea evangelizadora a cargo de ciertas órdenes religiosas tan dinámicas como los jesuitas, permitía ciertos avances, pero también daba lugar a insólitos alzamientos que terminaban con el asesinato de preclaros sacerdotes católicos, cuyos nombres iban a unirse a otros miles de víctimas caídas en el afán pacificador.

Esa fiereza contra la evangelización les dio por mucho tiempo a los araucanos la fama de ser individuos bestiales, de instintos viles, alejados de toda espiritualidad. Pero ya hemos dicho que la adoración religiosa por su tierra era la fuerza más poderosa del ser íntimo del mapuche y ella le impartía seguridad, le proporcionaba la sensación de orden en el caos y lo fortalecía para rechazar el culto extraño que se les quería imponer.

Con el advenimiento de la República este cuadro cambió en sus lineamientos doctrinarios. Pero se mantuvo el pensamiento de continuar la empresa de integración de la civilización cristiana y moderna en esa región indómita. Después de la crisis económica de 1857, el país no podía seguir interrumpido y perdiendo oportunidades de incorporar a su seno riquezas inéditas, fuerzas de trabajo, extensiones de ricos campos cultivables.

Se volvieron a emplear tácticas novedosas para ablandar la resistencia indígena, porque dominar a esa raza araucana significaba aprovechar el territorio para beneficio de la República y de todos sus habitantes, hacer más grande a Chile, consolidar en un solo poder la larga y angosta faja que se internaba en el mar de la Antártica.

Unidad del territorio y fortalecimiento económico del país, eran anhelos que ya no se unían a la esperanza de destruir una raza o de someterla por la fuerza a través de una guerra despiadada.

Los políticos y los intelectuales chilenos de la naciente República habían asimilado el mito de Ercilla sobre una raza indígena heroica y prudente. Habían aprendido una lección de la guerra dilatada: los mapuches de la Frontera debían ser incorporados a Chile, pero dentro de una política civilizadora que contendría fundamentalmente ideales de justicia y de respeto a la dignidad de sus habitantes. Iba a ponerse énfasis en la significación moralizadora de la lucha.

Durante la presidencia de don Manuel Montt, éste encargó a don Antonio Varas la confección de un plan para pacificar la Araucanía.

En 1848 Varas presenta al Presidente dicho plan, que en su contenido sustancial pretendía civilizar al araucano mediante el contacto y sugestión de elementos de alta y sólida moral, propósito que diez años más tarde, en 1859, pareció estar destinado al mismo fracaso de todos los intentos anteriores, ya que una de las poblaciones fundadas bajo los principios humanistas de Antonio Varas, Negrete, fue destruida totalmente por los indígenas.

Parecía que, después de tres siglos, el coraje del indígena en la defensa de su tierra sacrosanta, no se había agotado.

Cuando Huaina Capac, dentro de la política expansionista del Imperio Inca, iniciada por Tupac Yupanqui, llegó hasta el río Maule, encontró allí la valla insalvable de un puñado de indígenas que le infieren una grave derrota y lo obligan a retirarse.

En 1536 Almagro envía una expedición al Sur al mando de Gómez de Alvarado, que llega sin novedad hasta la confluencia del Ñuble con el Itata. Indígenas temibles, organizados como el mejor ejército europeo, aunque con armas primitivas, le oponen feroz resistencia. Es la famosa batalla de Reinoguelén, de triste recuerdo para los españoles, pues es la primera derrota en la larga serie de tres siglos de lucha. Intimidado por esos terribles guerreros, Gómez de Alvarado regresa al Norte y relata a Almagro su terrible experiencia.

En 1545 Valdivia emprende con tenacidad de vasco y porfía extremeña su soñada expedición al Sur y llega hasta el río Bío-Bío. La batalla de Quilacura es el símbolo de lo que se ha llamado la Guerra Dilatada.

Valdivia, sin embargo, no reconoce la magnitud de su derrota, considerando que es derrota para el mejor capitán del ejército español, no haber podido aplastar al pequeño enemigo indígena. Vuelve Pedro de Valdivia a Santiago para reunir un ejército mejor pertrechado y dar el golpe decisivo a esa raza de bárbaros.

En 1550, con la aureola de su extraordinario comportamiento en las disputas de pizarristas y almagristas del Perú, vencedor de la batalla del Valle de Jaquijahuana, ungido y confirmado como Gobernador de Chile, Valdivia regresa al Reyno a enfrentarse con la resistencia araucana. Llega provisto de armas y de soldados en cantidad suficiente como para definir la lucha para siempre.

Y se da la famosa batalla de Andalién, que en nada puede parecerse a una victoria definitiva.

Valdivia comete nuevamente el error de no comprender el significado de ese encuentro. Presume haber ganado. En carta al Príncipe Felipe se jacta de haber pacificado el territorio mapuche, y sigue hacia el Sur, envanecido por su gloria, fundando febrilmente ciudades en el peligroso territorio de los mapuches: Concepción del Nuevo Extremo en 1550, la Imperial en 1552, Valdivia y Villarrica en el mismo año. Tan absorto se encuentra en su plan fundacional que ni siquiera recuerda, en esa carta memorable al Príncipe Felipe, que ha desaparecido de sus cuadras el joven indígena Levtraro, el toqui Lautaro, libertador de la raza. En 1553 se produce la trágica batalla de Tucapel. Sólo el mito de una orgía de sangre ha llegado hasta nosotros. Ningún sobreviviente hubo entre los españoles para que nos hablara algún día de su horror y de su ferocidad. Allí perece Pedro de Valdivia, víctima de su propia vanidad, de su exceso de confianza y del

pecado de ignorancia frente a la idiosincracia esencial del indígena, que es su religiosidad.

El acto humano de enfrentar a su enemigo y lanzarse al combate hasta morir es el acto repetido que resiste al tiempo. Su valor no está vinculado a su magnitud física bruta, sino a la calidad que le otorga el ser reproducción de un acto primordial, repetición de un ejemplar acto mítico.

Esta orgía de sangre con que Lautaro escribe la página cruenta de la guerra dilatada, fue planteada y vivida anteriormente en la gesta inaugurada por aquéllos que resistieron a Tupac Yupanqui, a Huaina Capac, a Gómez de Alvarado en 1536 y a Valdivia en Quilicura y en Andalién.

Es la batalla de Tucapel la repetición de otras hazañas paradigmáticas que denuncian la ontología esencialmente religiosa del araucano. En la destrucción total del grupo de españoles se cumplía el destino vigilante del mapuche en relación a su tierra; de modo despiadado castigaba al intruso que amenazaba su mundo y restablecía su condición sagrada.

Cada una de las empresas guerreras de los araucanos va tomando así, a los ojos de quien recorre esta historia tenebrosa de horrores, el carácter de un ritual. Se construye y se destruye según modelos celestes o arquetipos que se proyectan en el tiempo mítico, *in illo tempore, ab origine*.

La abolición del tiempo profano ocurre en el ritual de la guerra como en los demás rituales. El guerrero se acerca al modelo arquetípico y en él se concentra la admiración de todos los de su raza: Caupolicán, Colo Colo, Galvarino, Lautaro.

Pasados tres siglos de la batalla de Tucapel, en la alborada de un entendimiento al que contribuyen los patriotas más destacados de la República naciente de Chile, la destrucción de la población civilizada de Negrete en 1859 por obra de la furia araucana, desatada otra vez con el invasor, confirma la teoría del mapuche como el hombre de la tierra, por excelencia, hombre primitivo que intenta oponerse a la historia, considerada como sucesión de acontecimientos irreversibles, imprevisibles y de valor autónomo. ¿Cómo puede soportar este hombre primitivo, el araucano, la historia que comienza para él en 1460 con las incursiones de Tupac Yupanqui, que prosigue con Huaina Capac, en 1536 con la expedición de Gómez de Alvarado, y en 1545, 1550 y 1553 con Pedro de Valdivia?

El araucano no luchaba con sus propias fuerzas contra las catástrofes que sobrevenían a través de su historia: su respuesta se generaba en el más allá de sus posibilidades humanas. Tomó la decisión de vivir esa hora al estilo de todos los seres primitivos, de vivir según modelos extrahumanos, conforme a sus arquetipos: ello equivalía a respetar y a defender el mundo sagrado que constituía su mapu, dando, si era necesario, su sangre generosamente. En esa ontología fundamental halló fuerzas el

araucano para resistir por los siglos de los siglos todo intento de invasión de su habitat.

De este modo le hallaron un sentido cabal a sus padecimientos y a su dolor, que soportaban sin lanzar un gemido y sin derramar una sola lágrima. El sufrimiento, experiencia negativa y destructora, se transformó en una experiencia de contenido espiritual positivo que no podían comprender los españoles, y posteriormente tampoco comprendieron los patriotas, quienes, frente al indio, estaban llenos de buenas intenciones.

¿Cuándo podría lograrse entonces la penetración de este mundo mágico y misterioso que se negaba a ser violado?

Los proyectos de Antonio Varas eran profundamente éticos. Mostraban el criterio leal con que este colaborador del Presidente Montt quería resolver el problema de la Frontera, territorio independiente dentro del territorio nacional, mundo aparte con leyes propias, que se resistía a integrarse a la nación.

El Presidente Montt, consciente de la crisis que debía afrontar la nación a medida que pasaba el tiempo, si este territorio permanecía ajeno al progreso general del país, llamó entonces al Coronel Cornelio Saavedra para que estudiara la situación de la Frontera y recomendara por enésima vez un nuevo proyecto de pacificación.

Mirando los hechos desapasionadamente y con la investidura de nuestra condición de explotadores de esta zona, creemos ver en este hombre, el Coronel Cornelio Saavedra, al comisionado preciso para una función precisa: dar término a la guerra dilatada, incorporar de una vez por todas la Frontera a la República de Chile. El coronel Saavedra es la figura histórica que trasciende su época: único hombre con la conciencia clara de lo que debía hacerse en el momento preciso en que debía ser hecho y con los medios precisos para actuar: una tropa disciplinada, convencida del alto sentido patriótico de su cometido, pertrechada con fusiles Steyr y cañones Krupp, imbuida de la ética castrense que les señalaba la pacificación como objetivo básico y el ataque frontal sólo como emergencia de enfrentamientos en que se pusiera en peligro la vida del soldado que se hallaba en la misión.

El coronel Saavedra no pierde nunca el sentido de la realidad, ni lo ofusca su importancia histórica; no lo confunde la vanidad, ni lo atemorizan los resultados.

No se ha escrito aún una buena biografía de este hombre que emprende esta tarea tantas veces comenzada y la lleva hasta lograr el objetivo final. La figura de Cornelio Saavedra, preclara aunque no bien valorada por la historia, va a permitir que Domingo Faustino Sarmiento se refiera al Presidente Montt como "el único hombre de gobierno que haya fundado un estado en América" considerando que, una vez anexada la Frontera, solamente en ese momento, Chile podía ser llamado un Estado con unidad física y cultural efectiva. Don Roberto Huneus declara

con respecto al mismo punto: "Don Diego Portales y don Manuel Montt realizaron algo que en Sudamérica alcanza a la grandeza del prodigio: sustituyeron la espada por el código, la fuerza por el derecho".

Dentro de esta ideología pacificadora que esencialmente suponía integrar al indígena al territorio sin destruirlo, se dan las líneas del gobierno de Montt, que van a permitir que su desempeño sea elogiado con largueza, elogios a los que contribuye la acción del Coronel Cornelio Saavedra, encauzado en esa ética de la política severa de Portales.

Don Cornelio Saavedra Rodríguez era un militar inteligente y escrupuloso, sagaz y de un dinamismo poco común. En 1857 lo llamó don Manuel Montt para confiarle la Intendencia de Arauco. Saavedra sometió a la consideración del Presidente el plan que intentaba desarrollar bajo su propia dirección en el territorio mapuche.

Este plan coincidió con una peregrina y cómica aventura en la Araucanía.

Un francés pintoresco se hace elegir monarca de los mapuches con el nombre de Orelie-Antoine I. La declaración de principios de este personaje, que introduce un nuevo elemento fantástico a la vasta gama de mitos y misterios de la Araucanía, se resume en el mensaje que le entregó en 1861 al cacique Levín y que decía más o menos lo siguiente: que el, Orelie-Antoine de Tounens, iba a ayudarles a los mapuches a defender sus derechos y sólo pedía a cambio que lo ungieran Rey de la Araucanía; que no llevaba interés alguno, y que sólo quería que el Gobierno chileno respetara las propiedades de los indígenas y que no le estaría permitido al gobierno central de la República establecer poblaciones al otro lado del Bío Bío, pues ésta era la línea de fronteras que les habían legado a los naturales sus mayores.

Como una profecía recogida por el difunto cacique Maguil que coincidía con la llegada de un monarca a estas tierras, los mapuches habían procedido a proclamar a Orelie su Rey.

El reinado del francés fue breve. El 4 de enero de 1862 un piquete de policía capturaba al flamante rey en las riberas del río Malleco. En su defensa, el alucinante personaje vino a presentar los derechos del araucano en relación con la pretensión injusta del gobierno chileno de anexar al territorio la región del Bío Bío al Toltén.

Los esfuerzos del Presidente Montt para contrarrestar semejante tesis, se encaminaron a apresurar los preparativos para incorporar de una vez por todas al patrimonio nacional la región de la Frontera.

Orelie fue absuelto en 1862 a fines de julio y, declarado demente, fue internado en el manicomio. El encargado de negocios de Francia lo sacó de allí y lo mandó de regreso a Francia. La publicación posterior que el pintoresco personaje hizo de sus aven-

turas, causó en Europa un interés periodístico momentáneo. Afortunadamente en Chile se acogía el Plan del Coronel Cornelio Saavedra. La talentosa ordenación de los pasos con que debía actuarse en esta hora histórica, y la forma impecable con que el Coronel impuso el desarrollo de su plan, permitió la ocupación militar de la vasta zona en conflicto, no obstante que la situación política en Santiago se estaba complicando cada vez más. Pero vamos a lo medular del asunto, que es precisamente el tema de la novela "Frontera", ficción magnífica del acontecer de esa época histórica fundamental, que muestra la realidad trágica de una resistencia de tantos siglos.

El coronel Saavedra propuso lo siguiente:

a) Avanzar la línea de la Frontera hasta Malleco, a fin de que los colonos quedaran atrás de los fuertes y no delante de ellos, como por una aberración secular se venía haciendo.

b) Subdividir y vender los terrenos del Estado comprendidos entre el Bío Bío y el Malleco, a fin de que los pobladores civilizados dominaran a los araucanos. Si estos colonos no se desplazaban hacia el Sur, ayudarían a contener las incursiones de las tribus cordilleranas.

c) Colonizar los suelos más adecuados para ello por su calidad y fácil defensa, con colonos chilenos y extranjeros.

Después de muchos ires y venires se logró poner en práctica este plan.

El coronel Saavedra conquistó, sin derramar una gota de sangre, las tierras comprendidas entre Bío Bío y el Malleco, es decir, cumplió la primera parte de su ambicioso proyecto, entre los años 1862 y 1863.

En enero de 1863 se firmó el acta que cedía los terrenos donde se edificó Mulchén, en la confluencia de los ríos Mulchén y Bureo. Se levantó el fuerte de Angol, mientras otros destacamentos avanzaban por la costa y ocupaban Lebu.

El coronel iba dando puntualmente noticias de los acontecimientos al gobierno central. De estas notas surge el pundonoroso militar, el honesto funcionario que en momento dado es capaz de revelar que de los \$ 500.000 destinados a la acción castrense, sólo ha gastado el 10%. También da cuenta de que no ha habido violencias de ningún género y que su ejército de 1.552 hombres realiza la acción con prudencia, espíritu de sacrificio y conciencia clara del respeto hacia el individuo de la raza mapuche con que se enfrentan.

La novela de Luis Durand nos pone en relación con la odisea colonizadora posterior, pero evoca los orígenes mismos de la acción de Cornelio Saavedra. Por eso, para penetrar en ella, es indispensable poseer la información mínima sobre la forma en que el nuevo hombre del Sur crea su mundo, con todas las facetas de una experiencia que es intransferible, única, que no va a darse sino en la Frontera, pues no puede abolirse el tiempo y la cir-

cunstancia en que la aventura y la epopeya de la guerra dilata-
da toca a su fin.

De ahí nuestra insistencia para enfatizar en el contexto histórico,
social, político y económico de la época.

El hecho de penetrar en una novela chilena situada a fines del
siglo XIX y que a su vez forma parte de una Literatura de la Fron-
tera, con la cual constituye un cuerpo singularmente estructu-
rado, ha significado para nosotros todo un planteamiento acerca
del concepto mismo de literatura.

Como bien lo declara el Profesor Goic en su artículo de la Re-
vista del Pacífico N.º 3, cada vez que varía la concepción de la
literatura como tal, se advierte que cambia el conocimiento de
la obra, es decir, su crítica.

En efecto, la composición de "Frontera", donde se expone la
cruenta lucha del predominio de una cosmovisión sobre otra, po-
demos notar como Luis Durand nos da, sin intentarlo de modo
consciente, una significación testimonial de la cual todo lector
saca sus consecuencias y se procura la real ideología de una
época.

Es apasionante para quienes laboramos en la Universidad de
Chile, Sede Temuco, haber tenido la oportunidad de realizar una
investigación en torno a nuestro mundo de la Frontera y haber
podido vislumbrar, primero intuitivamente, y después, con méto-
dos racionales, este horizonte inquietante desde donde se pro-
yecta el presente y el futuro de una región particular, y dentro
de esa región, el pasado el presente y el futuro de una gran lite-
ratura.

En 1865 se establecieron las plazas de Quidico, Queule y Toltén,
es decir, se cubrió toda la costa del territorio prohibido, para
abrir las comunicaciones a Valdivia.

Hasta ese momento la penetración civilizadora había podido for-
talecerse paso a paso. Pero acontecimientos nacionales de tras-
cendencia distrajeran la atención del Gobierno Central hacia un
grave problema.

La escuadra española da comienzos en 1865, al bloqueo de los
puertos chilenos: Valparaíso, Talcahuano y Caldera.

Los países hermanos: Chile, Bolivia, Perú y Ecuador, se unen
frente a la amenaza española. Durante tres años se abandona
la Frontera a su suerte.

¿Qué tenía que ocurrir entonces?

Mientras la Baja Frontera o zona costera se afirmaba para los
fines que el Gobierno Chileno tenía en vista y bajo la dirección
inteligente y prudente de esta personalidad militar relevante co-
mo era el Coronel Saavedra, los indígenas de la Alta Frontera, arrin-
conados en las boscosas cordilleras, sabedores de los vaivenes
políticos que debilitaban la acción del Coronel, iniciaron una
nueva guerra: la guerra de la Alta Frontera.

Expediciones punitivas enviadas a sofocar esta rebelión desata-

da, dieron lugar a sangrientos combates: Coipué, Traiguén, Centinela, Curaco, Collipulli, etc.

El Coronel Cornelio Saavedra, entre tanto, se había visto envuelto en las inquietudes y tensiones políticas de la capital. Entre los absurdos cargos que se le hacían, uno de los más graves era el de haberse convertido en funcionario incondicional del Presidente Montt. Se ejercían presiones contra su actuación, a pesar de que los hechos a su favor eran contundentes: había incorporado a la vida económica de la nación 1.160.000 hectáreas de tierras cultivables y había fundado veintitrés pueblos, además de la instalación de fuertes que servían de protección a los colonos: Mulchén, Negrete, Angol, Collipulli, Lebu, Cañete y Toltén.

La guerra de la Alta Frontera, desatada con ferocidad sólo comparable a la que los indígenas habían mostrado en tiempos de la conquista española, llevó al escenario del conflicto a los Coroneles Gregorio Urrutia y Orozimbo Barbosa.

A todo esto el Coronel Saavedra había presentado su renuncia en 1864 y su retiro dejaba al Presidente Montt con el grave problema, otra vez, de un país dividido por un pueblo que se negaba a integrarse a la República de Chile.

La guerra tomó caracteres tan alarmantes que el Gobierno Central consideró que debía revisarse de nuevo toda la situación de la Frontera y acatar con criterio local la situación del hombre que, al parecer, era la única garantía de una solución, por la forma altamente elevada con que había actuado siempre en la crisis fronteriza.

Fue llamado de nuevo a su puesto el Coronel Cornelio Saavedra. Secundado por don Gregorio Urrutia, quien más tarde alcanzaría con don Orozimbo Barbosa un papel importante en la guerra del Pacífico, el Coronel Saavedra se hizo cargo de la situación, se entendió poco a poco con unas y otras de las tribus más agresivas y logró un entendimiento con ellas.

La paz se restableció en 1871.

Dentro de esta anárquica situación por la que atravesaba la araucanía, reapareció el singular Orelie Antoine; pero sólo por breve tiempo, ya que comprendió oportunamente que no era propicia la situación.

Regresó a Francia. Pero escribió un libro más sobre esta experiencia, libro que sólo es para nosotros una muestra pintoresca de un no menos pintoresco y extravagante sujeto.

Ya incorporada oficialmente la Araucanía a la vida civilizada, los Presidentes Pinto y Santa María continuaron preocupados de asistir preferentemente a la Frontera para tenerla en sus manos, y no permitir que ella pudiera volver a provocar de nuevo los graves problemas que hasta entonces había producido.

Pero la Frontera, mirada desde su interioridad, desde el mundo del indio, había protagonizado esta última etapa de su larga resistencia con un ánimo muy propio de las virtudes y defectos de su raza.

En la Alta Frontera pudieron desarrollar, en cierto período favorable, sus antiguas fuerzas de combate, que en la Baja Frontera se habían apaciguado un tanto por el tratamiento amistoso de las autoridades militares y de los colonos avencindados cerca de ellos.

El estallido de la guerra en la zona cordillerana revivió en el mapuche su rencor aletargado. Se mostró hostil a cualquier arreglo y amenazantes hordas araucanas se lanzaban al ataque, cometiendo actos de violencia, que desde el punto de vista de su religiosidad, eran las manifestaciones del rechazo al intruso y al modo de vida que se les quería imponer.

Recordemos que la religión mapuche participa de la ontología de todos los pueblos primitivos, en el sentido de que implica una rebelión contra el tiempo concreto e histórico y la nostalgia de un retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes, lo que significa también una tendencia conservadora de la sociedad primitiva. Esta ontología arcaica hace que el individuo sólo se sienta Ser en su espacio sagrado. Por eso el Am, que es el espíritu que permanece en los que acaban de morir, merodea por los mismos lugares que frecuentó en su vida, o se aparece en forma humana o animal a parientes y amigos, o visita los cementerios para fiscalizar los ritos funerarios y contemplar las ofrendas y sacrificios de sus deudos. El Am sigue unido al mapu, cuando el recuerdo del Am se esfuma, se va a la región de los espíritus y se transforma en Pulli. Para los mapuches de la Baja Frontera el Pulli residía en el mar. Para los de la Alta Frontera este Pulli tenía su residencia en los Andes. **Entre el Am y el Pulli había un espíritu transitorio:** el Ahué, que sólo permanecía junto al hombre que acababa de morir y era su custodia temporal, aunque solía también aparecerse a los vivos por golpes extraños, aullidos de perros y puertas que chirraban.

Estos espíritus dominaban a las fuerzas ocultas, dirigían a la naturaleza, podían hacer el bien o el mal a los vivos. Estos espíritus venían a ser los de los antepasados, representaban lo que resistía al tiempo, lo que renovaba la acción primordial, el arquetipo o modelo que debía ser conservado y tenerse como ejemplo mítico de toda acción.

Por eso, cuando los mapuches de la Alta Frontera supieron de la ocupación del territorio costero, todos los símbolos de la Realidad Absoluta como el árbol de la vida o canelo, árbol sagrado, y la tierra o mapu, centro fundamental de su Ser cósmico, los impulsaron a recuperar la existencia de su área sagrada, imitando sus modelos divinos y armonizando con sus espíritus compañeros: el Am, el Pulli y el Ahué, que vagaban a su alrededor y que, vigilando la conducta de los vivos, podían lanzar sobre ellos la maldición, conduciéndolos al desastre y al aniquilamiento total.

La religión araucana se basa en ese culto a los antepasados y ellos aparecen encarnados en el Pillán, que no sólo es una enti-

dad divina o maléfica, sino que es más bien un progenitor. Del pillán proviene el bien o el mal. Su enojo se origina en la infracción de algún Tabú o alguna ofensa al Totem, y se manifiesta por las catástrofes horribles que se desencadenan sobre el pueblo. Los mapuches de la Alta Frontera quisieron atraerse la benevolencia del Pillán a través del rito del Señor del Canelo o Voiguevoe. La guerra contra el invasor constituía el rito sagrado que aunaba a todos los individuos de la colectividad contra las iras del Pillán. La profunda religiosidad del araucano presidía todos sus actos, influía decisivamente su vida política y determinaba su conducta guerrera. Todas las costumbres y la organización misma estaban reguladas por normas religiosas.

Reunidos en los Aillarehues, que sólo se producían ante grandes calamidades, si los augurios eran favorables para dar comienzo al rito guerrero, se elegía al Toqui, que a su vez escogía subjeses y oficiales. Tanto las reuniones como la iniciación de las hostilidades se computaban por medio del Prom, o manojos de cordones de lana de diferentes colores y tamaños que se desataban a razón de uno por día.

Los Chamanes o sacerdotes dirigían los ritos mágicos de esta sociedad esotérica y eran el centro de la consulta en el ritual guerrero. Los ayudantes preferidos de los Chamanes eran los invunches que, después de sucesivas transformaciones, quedaron simbolizados en niños hinchados, la cara vuelta, y una pierna pegada a la espalda. Estos engendros vivían en cuevas, donde los brujos acudían y allí los consultaban.

Toda esta compleja red de magia y de religiosidad se desarrolló, creció y se mostró por última vez en la insurrección sangrienta de la Alta Frontera en 1864.

Los indígenas de los contrafuertes cordilleranos creyeron que llegaba el momento de lanzarse a la guerra para defender una vez más el mapu amenazado y para poder vivir o tener el derecho a sobrevivir como raza. La pasividad de sus hermanos costños era el rompimiento del sagrado tabú, respetado por los arquetipos, y ellos se vieron predestinados por su ser interior a dar la sangre para lavar el pecado de entregar al enemigo pasivamente su espacio sacrosanto.

La civilización, sin embargo, representada por la acción del Coronel Cornelio Saavedra, iba carcomiendo las bases mismas de ese mundo misterioso y secreto. Hombres comunes, de nacionalidad chilena, con vocación de agricultores, de comerciantes, de aventureros; y extranjeros de Italia, de Suiza, de Alemania, de Francia, con intereses diferentes; pero con expectativas múltiples, estaban entrando a la zona protegidos por la política económica del gobierno y por la cadena de fuertes instalados a vanguardia. Esa gente penetraba el territorio sagrado del indígena con decisión hacia el trabajo, con ambición de prosperidad, con afán de lucro o acicateada por la avaricia; pero además, justificada desde el pun-

to ético, por una acción civilizadora, que involucra cambiar un mundo con un modo de producción primitivo por un mundo capitalista, en que la competencia iba a ser el motor fundamental del progreso.

La empresa había comenzado.

Los mapuches contemplaban aterrados este avance increíble. Los de la Baja Frontera sufrieron el impacto más contundente cuando vieron la clase de hombres que llegaban hasta sus otrora sagrados recintos.

Abrían caminos, instalaban negocios, sembraban tierras, construían, traían mujeres, criaban niños y animales, se enfermaban, sanaban con medicinas, vendían productos, les ofrecían aguardiente y el nunca resistido jamaica.

¿Cómo enfrentarse a grupos de hombres que no eran soldados, ni iban armados?

¿Cómo atacar a seres que criaban hijos, viajaban en caballos, y en carretas, tendían puentes, y respondían al mundo habitado con rituales semejantes a los suyos?

Recordemos que, desde Pedro de Valdivia, en todas las crónicas del Reyno de Chile, los cronistas se refirieron extensamente a la afición de los mapuches por las bebidas alcohólicas. Ellos fabricaban una especialmente fuerte, el muday, y era la que les producía la euforia típica que caracterizaba sus cahuines, sus faenas agrícolas, sus bodas y entierros. El vicio del alcohol, fomentado por el invasor, iba a acabar para siempre con las fuerzas sobrehumanas de su espíritu.

Sintiéndose intuitivamente las víctimas de una calamidad a la que no sabían poner un nombre, se volvían hacia su mapu y hacia sus dioses con la impresión de haber quebrantado un tabú y de haber cometido inconscientemente graves pecados.

A todo esto, en 1875 llegaba el ferrocarril a Angol y en 1878 se extendía hasta Traiguén.

Atómitos ante el huinca, desorientados dentro de ese mundo que empezaba a sufrir una metamorfosis súbita, la tierra virgen habitada antes sólo por el indio, por los árboles, por los ríos, los animales "caitas", la lluvia y el viento, empezaba a convertirse en un extraño espacio, alterado por un nuevo orden que se imponía desde afuera.

El antiguo paisaje protector del hombre, el monte que era su refugio y su defensa, la tierra madre natural, ya no eran los mismos. A través de caminos hollados, de senderos abiertos en la montaña, el mapu se llenaba de huéspedes intrusos, ajenos a la santidad del antro que profanaban.

¿Qué había pasado con los árboles y los ríos? Aquel mismo huinca invasor talaba montañas, limpiaba los terrenos, sembraba los valles, cambiaba el curso de los ríos a su antojo, extendía puentes sobre esos caudalosos torrentes, puentes que hacía con las perfumadas maderas de sus selvas, las que iban desapareciendo,

quitándole al paisaje su maravilloso poder de defensa y protección.

Los animales "caitas" eran diezmados o huían para arrinconarse en los lugares más inaccesibles de las cordilleras, para dar paso al animal grande de tiro; al caballo, al buey, y a otros como el cerdo y la oveja española. La lluvia y el viento servían ahora funciones profanas: permitir y favorecer el progreso agrícola del invasor.

Arrinconado y atemorizado, el mapuche de la Baja Frontera fue el primero en sentirse doblegado y el primero en iniciar la conciliación para sobrevivir.

Llenos de sentimientos de culpa por una situación que se desarrollaba junto a ellos, por una circunstancia histórica de la que no lograban entender sus razones, empezaron ya a refugiarse en la evasión prostituyente del alcohol y en la actitud culpable del ocio.

Luis Durand, con profundo conocimiento de los sucesos históricos que se desarrollaron y del cambio irreversible de una sociedad que marchaba hacia adelante, sin conceder un minuto a la compasión del vencido, nos da esta realidad antropológica y telúrica en "Frontera".

"Frontera" se nos presenta como uno de los más interesantes patrimonios literarios de nuestra zona.

Abarca esta investigación, en que "Frontera" es uno de los puntos básicos, a la poesía del angolino Pedro de Oña, a la crónica del chillanejo Francisco Nuñez de Pineda y Bascuñan. Pero también abarca todas aquellas obras que se anclan en la Frontera y se alimentan de sus mitos y de su cultura particular como de sus trágicos y originales modos de avance.

¿Hay una literatura de la Frontera?

No lo dudamos, y también creemos que la literatura chilena desde su nacimiento jamás dejó de participar del motivo araucano, motivo al cual ha sido fiel y que se ha desarrollado a alturas increíbles a través de nuestros más preclaros escritores. La literatura chilena le debe a la Frontera su materia fundamental: el motivo indigenista.

Sin querer hacer una guía telefónica de los títulos que confirman nuestra aseveración, Ercilla, Oña, Núñez de Pineda, los cronistas del Flandes Indiano y del Desengaño, el poeta Alonso de Ovalle, los narradores de comienzos de siglo, los de la escuela criollista y los mundonovistas en general, los poetas Nobel que tenemos honor de nombrar: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, todos, pagan la deuda que contrae el chileno con el Sur misterioso, con la mágica Frontera.

Entre todos ellos y por esta vez, nos detenemos en "Frontera" de Luis Durand y, aprovechando el hecho de que hace veinte años ya, desapareció para siempre, le rendimos un homenaje, reuniendo las notas que hemos compaginado y que se refieren a su extraordinaria novela.

SEGUNDA PARTE

Contexto literario en que se da la novela "Frontera" e interpretación sumaria.

Anticipamos ya que la novela "Frontera" de Luis Durand era el documento de la penetración del hombre chileno al territorio sagrado del indígena en la segunda mitad del siglo XIX:

"Había que vivir con el arma al brazo. El puñal, la maza... caminos."(1)

Ese cambio de la sociedad, ese pasar a ser de la Frontera mítica a una Frontera moderna, está reflejado en la novela de Luis Durand, testimonio de la colonización y de la realización del hombre chileno en el sur del país.

La obra literaria se publica en 1949.

En ese momento la literatura chilena había agotado casi totalmente las posibilidades que le brindara el naturalismo.

La tendencia naturalista, nacida en 1870 en Francia, bajo la fuerza avasalladora de la personalidad de Emilio Zola (2), había echado profundas raíces en América, identificándose muy bien con el anhelo de justicia social del escritor de la época, adquirido ante la realidad que vivía América, Chile y todo el mundo.

La permanencia del naturalismo hasta pasado el medio siglo en Chile, se debió a las adaptaciones que esta tendencia mostró al encontrarse con corrientes fugaces y renovadoras como el modernismo y el mundonovismo, que dieron lugar a un modo particular de narrar en prosa, modo que implica un anhelo de originalidad y un deseo de exaltar lo singular americano.

El mundonovismo contribuyó a la implantación del criollismo de Latorre, tendencia que conlleva muchas de las características del naturalismo y del mundonovismo.

La fórmula mundonovista que propició Francisco Contreras (3) implicaba todo un sistema de salvación del americanismo y en ese predicamento se opuso a lo que tenía de extranjerizante el modernismo.

Dentro de la técnica mundonovista se puede concebir una novela como "Zurzulita" (1920) de Mariano Latorre. Pero justamente lo

(1) Durand, Luis. "Frontera", Editorial Nascimento, Stgo., Chile, 1964, p. 40.

(2) Zola, Emilio. "La Escuela Naturalista", Baires., Argentina, Editorial Futuro, 1945.

(3) Contreras, Francisco. "El Pueblo Maravilloso", París, Agencia Mundial de Librerías, 1927.

que ha permitido mantener esta obra como representativa no es ese carácter, sino el aporte medular que le proporciona a la Escuela Criollista de Latorre. A nuestro juicio, con "Zurzulita" triunfa en Chile el Criollismo (4):

Se ve, pues, que la narrativa chilena entre 1900 a 1950, en el período en que se gesta la novela de Luis Durand, ha estado adscrita al naturalismo; pero, al mismo tiempo, ha recorrido un camino interesantísimo por la cantidad de preferencias que pugnaron por imponerse.

En una ordenación cronológica, la narrativa chilena de esta época ha dado muestras al mismo tiempo de un naturalismo en vigorosa vigencia y de una suma de otras tendencias regionalistas, neo-realistas, criollistas, etc. A propósito de esta simultaneidad, Fernando Alegría declara que los escritores chilenos de la época muestran la antinomia entre lo regional y lo universal, el regionalismo y el imaginismo (5).

"Frontera", publicada en 1949, se da en un contexto típicamente naturalista y criollista que, desgraciadamente para la significación posterior del autor, se encontraba ya en la etapa del agotamiento.

En ese momento histórico, el quehacer novelístico y narrativo en general había sufrido una importante crisis en Hispanoamérica. En efecto, alrededor de 1940, de una manera simultánea, sin haber tomado contactos previos entre ellos, algunos narradores de Argentina, de México, de Perú, de Uruguay y de Chile, rompían la tradición naturalista y el enfoque mundonovista que tanto éxito había alcanzado a través de obras como "Los de Abajo", "La Vorágine", "Don Segundo Sombra", "Doña Bárbara", "Huasipungo" o "Zurzulita".

Así, José Luis Borges en Argentina publicaba su "Historia Universal de la Infamia" en 1935, que rompía con los convencionalismos del relato, especialmente en el tratamiento del tiempo.

En México surgía un escritor original, Agustín Yáñez, quien, en 1947, iba a publicar una obra alucinante: "Al Filo del Agua".

José María Arguedas iniciaba en Perú con sus cuentos "Aguas", publicados en 1935, una renovación total del indigenismo.

Juan Carlos Onetti, uruguayo, causaba impacto en los críticos convencionales con su obra "La Vida Breve", que apareció en 1935.

En Chile es una mujer la que hace girar en ciento ochenta grados la narrativa, al publicar "La Última Niebla" en 1934 y "La mortajada" en 1941.

A partir de ese decenio 1930-1940, los primeros narradores jóve-

(4) Castillo, Homero. "El Criollismo en la Novellística Chilena", México, Ediciones Andrea 1962

(5) Alegría, Fernando. "La Literatura Chilena del siglo XX". Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1962.

nes de entonces cortan el lazo que los une todavía a Zola y pierden de vista y hasta atacan la modalidad narrativa de Mariano Latorre, símbolo de un estilo obsoleto.

El auge de las novelas como "Hijuna" (1934) de Carlos Sepúlveda, "Angurrientos" (1936) de Juan Godoy, "Hombres Oscuros" (1939) de Nicomedes Guzmán, "Ranquil" (1943) de Reinaldo Lomboy y "La Sangre y la Esperanza" (1943) de Nicomedes Guzmán, representa la expresión de un rechazo a los postulados criollistas de Mariano Latorre y al continuismo de los motivos típicos: el hua-so, la cueca y la empanada. Estas novelas ponen énfasis en lo social y postulan un interés hacia el hombre. Se autocalifican de neorrealistas y se inscriben sus cultores en una generación que adjetivan de 1938.

Luis Durand, inmerso en su paciente trabajo de novelista y discípulo declarado de Mariano Latorre, no oye ni el clamor original de las nuevas tendencias que se asoman: surrealismo, superrealismo; ni tampoco se interesa por el acento social que exigen los neorrealistas.

Luis Durand sigue escribiendo pacientemente y con invariable entusiasmo sus cuentos sobre la vida campesina.

Nadie más ajeno que Durand al grupo de innovadores de la narrativa chilena e hispanoamericana que en el carácter de precursores del superrealismo se alineaban alrededor de: (6) "temas oscuros, irracionales, subconscientes... donde lo humano y lo sobrehumano aparecen en una zona mágica... desdoblamientos psicopatológicos, enajenaciones, superrealismos y kafkismos".

En síntesis, Luis Durand es un novelista chileno del siglo XX que, dentro de la tendencia de la constante naturalista de la narrativa nacional, nos da en 1949 una novela llamada "Frontera", expresión del criollismo, según se puede probar a través de un examen breve de su estructura.

Hay en "Frontera" un narrador en tercera persona que ejerce un dominio total sobre el mundo narrado, desde que comienza hasta que termina la novela. La conciencia de este narrador es teórica en cuanto imita la percepción objetiva del observador científico.

La minuciosa captación de los detalles responde al ejercicio del método de observación que servía de fundamento a la ciencia experimental y que, de acuerdo con los principios de Zola, debía aplicarse a la obra literaria.

El problema de la iniciación del asunto se resuelve narrando in medias res, alterando ligeramente la secuencia temporal, con lo cual el lector toma, anticipadamente, el hilo conductor que lo guía por el resto de la historia.

Se cumple así con otra de las exigencias de la técnica natura-

(6) Anderson Imbert, Enrique. "Historia de la Literatura Hispanoamericana", Fondo de Cultura Económica, México. pp. 271-273.

lista, relacionada con el modo particular con que el narrador asume la responsabilidad del conocimiento de los hechos.

Todo el realismo de la novela se genera en la vigorosa gravitación de vida que respira el espacio, que tiene una carga de significaciones épicas, porque apunta en forma directa a la lucha de los invasores por alcanzar su destino de progreso, mientras el habitante natural enfrenta esta misma lucha para alcanzar su supervivencia mínima.

La importancia que el narrador le asigna al medio geográfico que es la Frontera, define la novela como espacial y además le resta valor a la descripción de tipo fotográfico, dándole un extraordinario relieve al enfrentamiento del huinca con el mapuche.

El espacio se va construyendo con características diferentes, según se refiera al invasor o al indígena.

El indígena le da dimensiones míticas a ese espacio sagrado que es su mapu, mientras que el colono afronta ese mismo mundo como un lugar codiciado, al que ha de arrebatar las riquezas que esconde.

A través de la vivencia del invasor, el paisaje se llena de valores económicos en potencia, valores que sólo podrán aflorar a través de una lucha frontal contra ese medio hostil.

El invasor tiene un pretexto suficiente en el ideal progresista que lo anima y que le da altura moral a su búsqueda, mientras al indígena, arrinconado y desesperado en su impotencia, siente que todo aquello que le rodea, que ese mapu tan amado, ya no podrá pertenecerle de nuevo. Hay una topofobia y una topofilia que se expresan dialécticamente. El primer cuadro espacial nos da un enfrentamiento entre civilización y barbarie dentro del esquema característico de una novela mundonovista al estilo de "Doña Bárbara".

La diferencia de contenido entre ambos espacios se basa en la irrupción de lo sagrado dentro del mundo del indígena, que le hace crear un territorio sagrado y amado en medio de la realidad amorfa. Este territorio es el mapu y se vive en la conciencia del natural bajo la imagen de un cosmos que tiene un centro donde reside lo sagrado y en donde es posible comunicarse con el mundo de sus dioses.

Para expresar esta comunicación se recurre a una imagen mítica fundamental: el axis mundi, representado en el canelo o árbol sagrado.

Su afición al jamaica, que se muestra en novela como la causa de la perdición del mapuche, representa la posibilidad de abandonar el mundo profano y acceder a una especie de vuelo mítico o vuelo de chamán, sobrepasando su condición humana. En esa embriaguez hay una búsqueda de libertad y un deseo de trascendencia. La borrachera hace olvidar al mapuche la humillación en que vive y lo aleja de la amargura en la que se debate por la pérdida de su mapu. Empeñan cualquier cosa con tal de

abandonar esa realidad dolorosa (7) "El día anterior, no más, Bartolo Catrileo había vendido... a cambio de unos tragos".

Dentro de esas significaciones del espacio hay: El esquema primero = Civilización versus barbarie. El esquema segundo = Civilización triunfa sobre la barbarie.

Los términos del enfrentamiento entre barbarie y civilización se anulan. Queda un espacio único, ya civilizado y ordenado de acuerdo con la ideología progresista, dentro de la cual el mapuche al fin ha sido asimilado.

Pero la novela "Frontera" nos da en el plano espacial una situación mucho más profunda e interesante que la esquemática de "Doña Bárbara".

Al final de la novela el espacio unificado por la ideología civilizadora se escinde y de su fractura ascienden dos mundos diferenciados dentro de los invasores: aquél donde se generan las fuerzas del mal, representadas por Aceval Caro y aquél donde se revelan los valores del Bien y de la Verdad, representando por Anselmo Mendoza.

Aceval Caro se yergue como el antihéroe que permite visualizar al héroe central, Anselmo Mendoza.

Se enfatiza esta oposición y mediante ella, el narrador fija su punto de vista teórico respecto de la civilización, mostrándola como un estadio transitorio, que luego encontrará en sí mismo los gérmenes de su destrucción.

El dinamismo interior de esta antítesis se hace posible gracias a la agilidad de la narración, que va mostrando la gestación del disturbio entre el Mal y el Bien, mucho antes de que los espacios que estaban en el primer plano, representados en Mapuches y Huincas, se hubieran definido.

Se opone, al término de la novela, un significativo enfrentamiento de valores universales. La muerte de Anselmo da a éste una dimensión heroica, porque es el resultado de la alevosa traición y venganza de Aceval Caro. Al ser asesinado, el acto brutal mismo congela para siempre en la novela su situación de protohombre, de fundador y de pacificador, le adjudica una categoría heroica y lo inscribe en una tipología legendaria.

Esta cita expresa mejor nuestro pensamiento: (8) "El héroe, bien triunfa sobre las limitaciones sociales por virtud de su valor personal, bien fracasa trágicamente, no sin desenmascarar con su muerte las apariencias pretendidamente sólidas de la realidad". Le interesa al narrador de "Frontera" ordenar de modo natural y racional, con criterio lógico, el tiempo en que se da la fábula. Quiere mostrar el proceso de formación de los pueblos del Sur. Hay una presión del tiempo histórico que afecta la psicología y la moral de las acciones individuales, principalmente en lo que se refiere a Anselmo. No es que Luis Durand desee aparecer co-

(7) Durand, Luis. "Frontera", Loc. cit., p. 163.

mo un novelista histórico, sino que hizo una tentativa para abarcar la aventura completa de la colonización y tuvo que reconstruir esa época fascinante que corre entre 1860 a 1910, más o menos 50 años de lucha sin cuartel por alcanzar la incorporación de tres provincias a la nación.

Esa pauta histórica existe en la novela. La gravitación fundamental del tiempo se da en torno a la fundación de una civilización dentro de la zona salvaje en que se había desarrollado otrora la guerra dilatada.

Esa zona que la novela muestra es la que efectivamente existió separada de la República entre el río Bío Bío por el Norte y el Toltén por el Sur (9).

Anselmo Mendoza, como un Cid de la Frontera, recorre esa ruta peligrosa en su aventura colonizadora, hasta caer alevosamente asesinada por Aceval Caro (10).

Pero con su muerte no termina la epopeya histórica; sólo se da término a la saga. El fenómeno que alcanza mayor relieve en la novela es la metamorfosis de un mundo que pasa desde un origen mítico y prodigioso a una organización moderna. La perspectiva narrativa elabora los hechos, proporcionando las causas y los efectos del fenómeno: (11). "En la llanura de Putué, cerca de Villarrica, Epulef se vio obligado a beber el trago amargo de pactar una tregua indefinida con el huinca... bronca queja de los cultrunes".

(8) Goic, Cedomil. "Historia de la Novela Hispanoamericana". Edic. Universidad Católica de Valparaíso, 1972. p. 50.

(9) Instituto Geográfico Militar N.º 3700-7200. Escala 1.500.000. 1ra. edición-1972. Seminario.

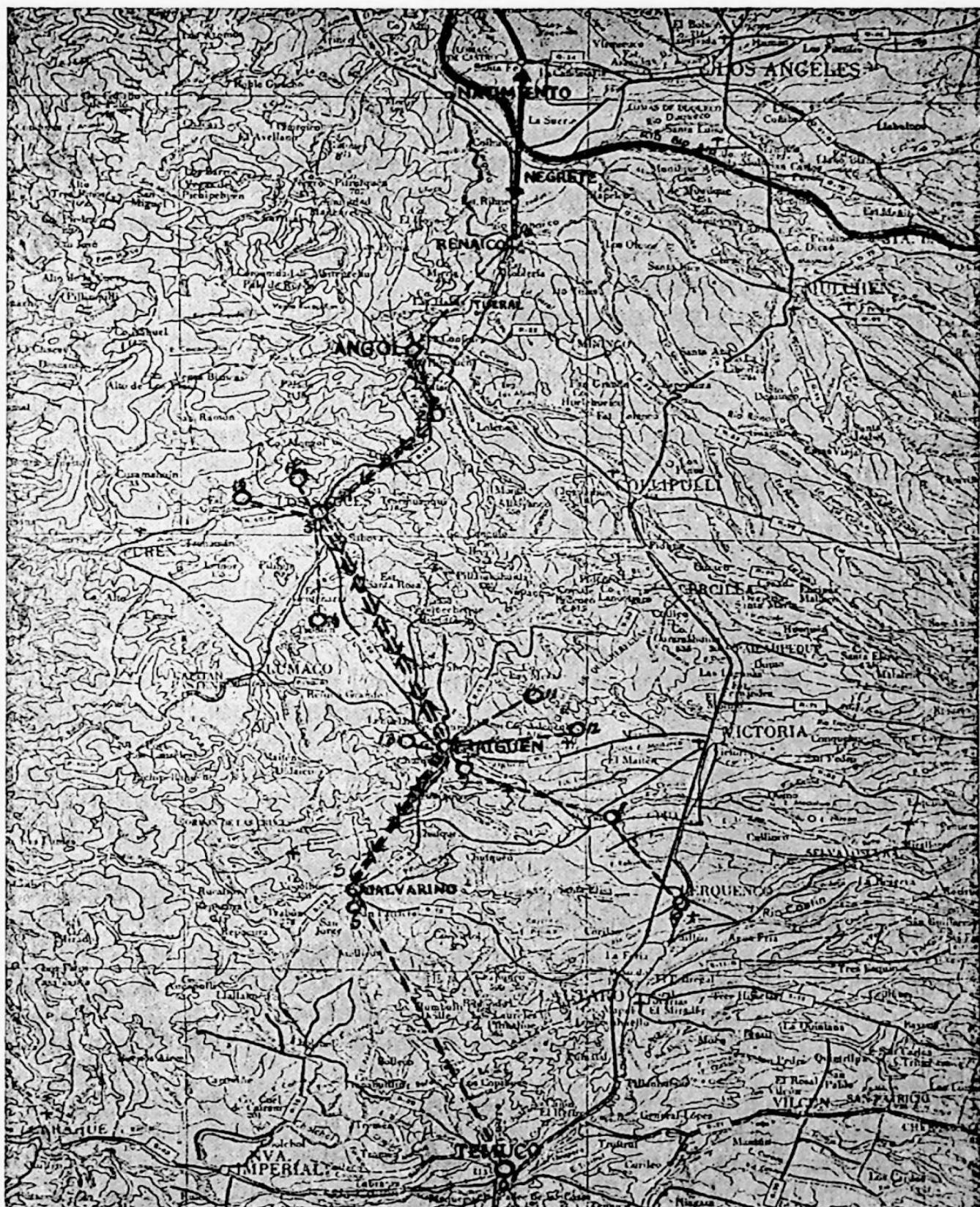
(10) Mapa con las cinco rutas de Anselmo Mendoza y lugares nominados en la novela. Seminario.

(11) Durand, Luis. "Frontera", loc. cit., p. 113.

RUTA DE ANSELMO MENDOZA **Lugares Nominados en la Novela:**

°Adencul (N.º 12 mapa)
°Angol N.º 1 mapa)
°Chacay (N.º 2 mapa)
(Chacayco)
°Galvarino (N.º 5 mapa)
°Guadaba (N.º 15 mapa)
°Monte de (N.º 17 mapa)
la Suerte.
°Nahuelván (N.º 13 mapa)

°Nilpe (N.º 6 mapa)
°Perquenco (N.º 9 mapa)
°Quino (N.º 8 mapa)
°Renaico (N.º 16 mapa)
°Los Sauces (N.º 3 mapa)
°Traiguén (N.º 4 mapa)
°Temuco (N.º 10 mapa)
°Tricauco (N.º 7 mapa)
°Tromén (N.º 14 mapa)



- <== <== Ruta central de Anselmo Mendoza.
 --- Desplazamientos anexos a la ruta central de Anselmo Mendoza.
 O Indicación lugares de la ruta (ver cuadro precedente).
 == Río Bío-Bío.
 ↑↓ Desplazamiento de Anselmo Mendoza fuera de la Frontera.

La Frontera aparece como personaje principal y dentro de ella se muestra la altivez y la debilidad del indígena, la audacia del colonizador, la fuerza de los elementos telúricos, los peligros del clima tormentoso. La realidad de la Frontera aparece compuesta de muchos elementos contradictorios de los cuales los más importantes son los dos que polarizan el sentido de la entrega y de la apropiación, o sea, los mapuches y el colono. El colono avasalla, porque dentro de una estructura naturalista la razón tiene que salir vencedora siempre: ella debe imponerse sobre la irracionalidad y la violencia bárbara.

El tema social que se da implícito, sin ningún alarde panfletario o tendencioso, está animado por el sentido renovador que tiene el criollismo de Luis Durand. Un criollismo que a la vez tiene matices de romanticismo, y donde a veces asoma, con pinceladas geniales, un matiz de surrealismo. Esa renovación implica el afán por representar esferas de realidad y motivos que antes no se habían considerado, o anhelo por tratar de un modo original, como en el caso de Luis Durand, al mundo del cuarto estado.

De acuerdo con la línea predominante del naturalismo criollista de Luis Durand, el escritor canalizó en "Tierra de Pellines" publicada en 1929 el asunto propiamente típico, la exaltación del paisaje, de las costumbres autóctonas y del habitante natural.

Pero el tema social no había sido considerado por Luis Durand, ni por Mariano Latorre, su maestro.

Eso lo intenta también Durand en "Frontera". Hace un gran esfuerzo para ampliar el repertorio de sus temas y anida la ambición de dar cierto relieve al tema social, deteniéndose en personajes como el indígena, como el bandido, como el campesino pobre de la Frontera. Así nos da la lucha de ese ambiente, ese espacio cargado de violencia.

Alcanzó plenamente los fines de un documento sincero sobre la colonización de la Frontera. Su conciencia artística lo protegió de los peligros de la desproporción autobiográfica y así pudo darle a su obra la objetividad tan exigida por el escritor naturalista.

Luis Durand se nos muestra plenamente informado, hasta en los más mínimos detalles, no sólo de las técnicas para escribir, sino de los sucesos que narra. El crítico ve en ello la finalidad cognoscitiva del relato naturalista; pero también la honestidad de un hombre de letras que se sentía comprometido con el medio en que había pasado su niñez y su juventud.

En resumen, Luis Durand tenía una historia que contar, y la contó. Sus méritos y su vigencia deben estimarse a partir de esa disposición inicial.

En nuestro breve análisis seleccionamos sólo algunos aspectos de la estructura de esta obra: el narador, el espacio y el tratamiento del tiempo, aspectos que valoramos dentro de las limita-

ciones de esta publicación. Quedan muchos puntos inéditos sobre los cuales nos ha interesado proyectar otros estudios sistemáticos.

Con esta perspectiva nos encontramos abordando la investigación completa de la literatura de la Frontera, porque vemos esta literatura como una realidad maravillosa a la que Luis Durand entregó lo mejor de su capacidad novelística.

BIBLIOGRAFIA

DE LA PRIMERA PARTE: "Contexto histórico, político y cultural de la Frontera".

- 1.—CAILLOIS, ROGER. "L'Home et le Sacré". Gallimard. París, 1963.
- 2.—DOWLING, JORGE. "Religión, Chamanismo y Mitología Mapuche". Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1971.
- 3.—ELIADE, MIRCEA. "El Eterno Retorno". Emecé Editores, 1968.
- 4.—EYZAGUIRRE, JAIME. "Historia de Chile". Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1965.
- 5.—FELIU CRUZ, GUILLERMO. "Historiografía Colonial de Chile". Santiago de Chile, 1957. Fondo Histórico y Bibliográfico José T. Medina. Tomo I.
- 6.—GONGORA MARMOLEJO, ALONSO. "Historia de Chile". Editorial Universitaria, 1969.
- 7.—GONZALEZ DE NAJERA, ALONSO. "Desengaño y Reparación de la Guerra de Chile". Editorial Universitaria, 1969.
- 8.—KELLER, CARLOS. "La Religión Araucana". Introducción a la obra de José T. Medina "Los Aborígenes de Chile". Santiago, Chile, 1952.
- 9.—LATCHAM, RICARDO E. "La Organización Social y las Creencias Religiosas de los Antiguos Araucanos". Publicación del Museo de Etnología y Antropología de Chile. Tomo III, N.º 2 y 4. Santiago de Chile, 1924.
- 10.—LEVI-STRAUSS, CLAUDE. "La Estructura de los Mitos". Buenos Aires, Eudeba, 1969.
- 11.—LEVI-STRAUSS, CLAUDE. "El Pensamiento Salvaje". Breviario F.C.E., 1970.
- 12.—LIPSCHUTZ, ALEJANDRO. "El Problema Racial en la Conquista de América y el Mestizaje". Edit. Austral, Santiago de Chile, 1963.
- 13.—LIPSCHUTZ, ALEJANDRO. "La Comunidad Indígena en América y Chile". Edit. Universitaria, Santiago de Chile, 1956.
- 14.—LORA RISCO, A. "Encuentro del Hombre con la Realidad Americana en la Génesis de la Historia de América". Anales de la Universidad de Chile, N.º 136, octubre a diciembre de 1965.
- 15.—MARIÑO DE LOBERA, PEDRO. "Crónica del Reino de Chile". Edit. Universitaria, 1970.
- 16.—MEDINA, JOSE TORIBIO. "Los Aborígenes de Chile". Prólogo de Carlos Keller, R.F. Bibliografía de José T. Medina, Santiago de Chile, 1952.
- 17.—MEDINA, JOSE TORIBIO. "Cosas de la Colonia". Santiago de Chile. Introducción de Julio Pereira Salas. Fondo Bibliográfico José T. Medina, 1952.
- 18.—MOSTNY, GRETE. "Prehistoria de Chile". Edit. Universitaria, 1971.
- 19.—NUÑEZ DE PINEDA, FRANCISCO. "El Cautiverio Feliz". Selección de Sergio Correa Bello. Edit. Andrés Bello, Stgo. de Chile, 1965.
- 20.—OVALLE, ALONSO DE. "Histórica Relación del Reino de Chile". Instituto de Literatura Chilena, Santiago de Chile, 1969.
- 21.—VALDIVIA, PEDRO DE. "Cartas de Relación de la Conquista de Chile". Edit. Universitaria, 1970.
- 22.—WEBER, ALFRED. "Sociología de la Historia y de la Cultura". Editorial Galatea. Nueva Visión, Baires., 1957.



